

Las Leyendas del Hermano Pedro

La Leyenda del Señor Sepultado de Santa Catarina

I



Celso A. Lara Figueroa

Rafael del Llano estaba exhausto aquella noche. Luego de un día de intenso trabajo conducía al paso por la calle del Teatro, el landó de alquiler del cual era cochero. Era viernes. La noche de un Viernes Santo ya bastante avanzada.

Después de trasladar a dos ancianas rezagadas hasta la calle del Seminario, regresaba a los establos de Schumann a rendir cuentas al patrón y guardar el landó. Como caminaba hacia el barrio de Santa Catarina, dobló en la esquina de la iglesia de la Merced y enfiló por la calle de la Esperanza.

Rafael, además de cansado, se sentía triste. Aquel ambiente impregnado de incienso y aroma a flor de corozo, pesaba sobre su espíritu, como el fanatismo, místico sobre la ciudad.

Silencio absoluto. Calles solitarias y

oscuras. Escuchaba tan sólo el ruido de herraduras del caballo que se estrellaban en el empedrado.

Atravesó la calle de La Concepción, y vio la hora en uno de los relojes de catedral.

Hay razón para estar cansado, -musitó- si son ya más de las once.

Y prosiguió su camino por la misma calle. En su mente bullía el recuerdo de los acontecimientos del día: había transportado a muchas personas a las distintas procesiones que recorrieron los barrios y las calles de la ciudad, sobre todo al Santo Entierro de Santo Domingo, a donde más gente se vio obligada a trasladar. En verdad estaba impresionado con esta última por su sobriedad, el silencio de los cargadores y la inmensa tristeza del Cristo Yacente. Además, era la procesión de

su, barrio. El vivía en el callejón del Carrocero.

Ese año -seguía pensando- por primera vez en mucho tiempo, el Señor, Sepultado de la iglesia de Santa Catarina no había salido en procesión. Se decía que muchas habían sido las causas: falta de dinero, de organización. ...en fin. ¡Qué sabía él! Su desolación era mayor aún porque además de cargarlo, le profesaba una fe inmensa.

-¡Ah, sí! -se decía-, qué milagroso es el sepultado de Santa Catarina. Recordaba que cuando niño, su abuela le había contado la historia del Señor que remontaba a Santiago de Guatemala, mucho tiempo antes del terremoto de Santa Marta.

Le había relatado que una noche el Hermano Pedro se encontraba rezando a los pies del crucifijo, en una iglesia cuyo nombre había olvidado.

Era ya muy tarde -había dicho su abuela-, pasaba la media noche. ...y cuando más arrobado se hallaba en su oración el Santo Hermano, escuchó la voz del crucificado que le decía:

-Pedro, hijo mío, quiero ser sepultado en el coro bajo de las Catarinas. El Hermano, sin titubear, se dio vuelta y recibió la imagen sobre sus hombros y salió muy despacio a la oscuridad de la noche. El peso del crucificado

doblegaba su espalda. Por ser la imagen más alta que él, se vio obligado a arrastrarle los pies por el empedrado de las solitarias calles de la urbe. Así después de largo y penoso recorrido, llegó al Convento e iglesia de las Catarinas. Las monjas lo esperaban con cirios encendidos a lo largo del templo. En el coro tenía ya preparada una urna que acogería al Señor. Allí lo depositó el Hermano Pedro, con sumo respeto. (Testimonio de ese milagro eran las raspaduras hechas cuando lo llevaba en hombros y que la imagen todavía presentaba después de tantos y tantos años. Rafael las había visto y aún palpado).

Según su abuela, aquel suceso había estimulado a miles de fieles a acercarse a adorar al crucificado que había querido ser sepultado en aquel lugar.

Después de los terremotos de Santa Marta -concluían sus recuerdos- el Señor fue trasladado a la Nueva Guatemala y colocado en una capilla de la iglesia del Convento, que las monjas Catarinas habían mandado levantar, y donde hoy se encontraba.

Abstraído en estos pensamientos, después de pasar junto al callejón del Manchén, llegó a la calle Real y la atravesó. Poco faltaba para llegar a su destino.

De golpe, las notas fúnebres de una

marcha le hicieron volver en sí y buscar el lugar de donde provenía.

-¡No es posible! -exclamó- la procesión de Santa Catarina. ¡Y tan tarde! ¡Pero si me dijeron que no saldría este año!

En efecto, a lo lejos veía Rafael, viniendo de la calle del Divido y doblando la esquina del convento de las Catarinas, rumbo al templo, el anda en que descansaba la urna de oro y mármol del Señor Sepultado. Una banda de músicos marchaba tras ella. Abriendo la procesión, los ciriales llegaban ya casi hasta la puerta del templo, y luego dos columnas de cucuruchos con túnica negra y velas encendidas en las manos caminaban silenciosos y con lentitud a la vera de la calle.

¡Si camino rápido -se dijo el cochero- alcanzaré la bendición! El anda ya está llegando a la iglesia, pues oigo ya el arrastrar de las horquillas de los cargadores y las notas de la banda. ...el Señor ya está en el atrio. ¡tocan la granadera! ... Y apresurando el paso de su caballo, salvó veloz las dos cuadras que aún le faltaban. Al llegar al atrio del templo su espanto fue tremendo. ...¡no había nada! ¡la procesión había desaparecido!

Un viento fuerte se levantó y en su furia hizo tronar las campanas de la torre. El tañido se fue rebotando en el silencio de la noche.

Rafael, clavado en el coche, como una estatua, no acababa de comprender. Un sudor frío bañaba su rostro y un compulsivo temblor sacudía su cuerpo, hasta que cayó desfallecido en el pescante del landó.

El caballo, ya sin dirección y siguiendo su instinto, se encaminó a los establos de Schumann, ubicados en la calle posterior del templo.

A la mañana siguiente encontraron el landó en el patio central con el cadáver de Rafael del Llano en su interior, horriblemente crispado.

Y, desde entonces, el señor sepultado de Santa Catarina jamás volvió a salir en procesión.

La procesión fantasma del Cristo del Hermano Pedro II

«Así es la historia del señor Sepultado de Santa Catalina: el señor no era sepultado sino crucificado. Sepa que esto sucedió en la Antigua: una noche el Hermano Pedro estaba rezando al pie de la cruz, cuando oyó que el señor le decía:

-Pedro, hijo mío, yo quiero ser sepultado en el Coro Bajo de las Catarinas».

El Hermano Pedro, sin decir nada, sólo

se dio vuelta y la imagen cayó sobre sus hombros; así se lo llevó, a las altas horas de la noche, el convento, ya las monjas estaban preparadas, haciendo valla con candelas encendidas y tenían preparado el lugar donde descansaría el Señor.

Por eso es que el Señor presenta raspones en los pies: se los hizo el Hermano Pedro cuando lo llevaba en hombros.

Análisis e interpretación

La imagen del Cristo sepultado al que hace alusión la leyenda, según Víctor Miguel Díaz, hasta 1660 fue crucificado. En esa fecha fue transformado en Cristo Yacente. Era conocido en la ciudad de Santiago como Jesús del Hermano Pedro, hasta los terremotos de 1773. Ya en la Nueva Guatemala de la Asunción, la imagen fue sacada en procesión por primera vez el Viernes Santo de 1896, devoción popular que se extinguió en la primera década del presente siglo. Cuenta la tradición oral que el primer Viernes Santo que dejó de salir el Sepultado de Santa Catarina, los habitantes del barrio escucharon por la noche el arrastrar de las horquillas y los pasos de los cargadores. La conjunción de todos estos elementos mágicos, dio origen a la leyenda que hoy vive en los viejos barrios de la ciudad.

En la estructura interna del relato se encuentra un motivo muy criollo, seguramente gestado durante la larga

dominación colonial: la creencia en la vida de una escultura de madera que además puede expresar sentimientos y deseos humanos. Aparece también el motivo místico de arrastrar la imagen por las «calles empedradas de la Antigua» en hombros de un personaje cuya santidad en sí es una leyenda: el Hermano Pedro.

El primer motivo llega a extremos cuando se repara en el hecho de que el Hermano Pedro no se sorprende cuando la imagen le expresa su deseo, sino, al contrario, le parece una situación muy natural.

Juárez y Aragón recogió esta leyenda y la presenta ya elaborada con los mismos rasgos populares que la transcrita. Sin embargo, el autor en su versión apunta que el Cristo crucificado pertenecía a la iglesia de San Francisco, atributo que no aparece en la versión tradicional.

Esta narración popular, finalmente, no es más que la manifestación de un pensamiento místico, profundamente sacro de los novoguatemalences.

Así, el narrador no hace alusión a la Antigua como la vieja ciudad capital del reino de Guatemala, sino como la ciudad que tiene un rancio prestigio aristocrático y colonial. Es, pues, una expresión popular de la pequeña burguesía de la ciudad.

Reseñas Bibliográficas

